

## Lucía López Gorría (3º ESO A)

### Un pasado inolvidable

Me desperté una mañana por la fuerza de los rayos del sol, o eso es lo que yo pensaba, porque lo que de verdad me quitó el sueño fue la luz fluorescente y la intensa voz de la radio de la cocina. No me enfurecí ni presenté ningún rasgo de ilusión por vivir un día más.

No voy a contar mi rutina diaria, porque no ocurrió nada fuera de lo normal pero fue al mediodía, sobre las dos, cuando mi madre me dijo que aquella tarde tendría que cuidar a la hija de unos amigos mientras éstos, en compañía de mis padres, saldrían al teatro. No me lo creí (sabía que irían de cañas), pero en mi estómago se movió algo, no sé si era el hecho de que nunca había cuidado a una niña o que me moría de hambre y un maravilloso olor a filete rozaba mi nariz.

Me hice a la idea, y nada más acabar de comer me dirigí con mis padres a casa de los amigos. El camino fue silencioso y pausado, ninguno de los tres hicimos mueca alguna, aunque aquella niñita de siete años me producía temor. ¿Qué podría hacer con ella? En fin, al llegar ya se sabrá, pensé, que es lo que me solía decir mi abuelo en momentos de agobio.

El momento llegó, y me encontré sola en el salón con una niñita de mirada infantil y sonrisa sincera tumbada en el sofá. Me extrañó que no mostrase empatía alguna al verme, pero yo tampoco lo habría hecho. La niña se incorporó y en el momento en que su mirada se clavó en mi pupila, un recuerdo de cuando era pequeña se introdujo con fuerza en mi cabeza. Dudo que la niña recibiera algún mensaje pero no dejó de mirarme hasta que puse una película, aunque no centrase su atención en ella, porque la verdad es que no parábamos de hablar, reír y compartir cosas que, misteriosamente, teníamos en común. Pensé que con los niños más pequeños tenías que sacar tu lado infantil, pero Lucía, que casualmente compartía mi nombre, era una niña totalmente abierta y su mentalidad no correspondía a su edad.

Todo marchó perfectamente hasta que Lucía me dijo que sabía quién era, pero que yo todavía no la conocía. Saqué una sonrisa burlona y le pregunté por mi identidad. Entonces aquella niña de siete años me dijo en tan solo una frase algo que me produjo más interés e intriga que cualquier párrafo que me hubiera dicho un filósofo: Soy tú. Esa frase es la que pronunció aquella niña; esa frase de la que esperaba son impaciencia saber el significado y el porqué.

A partir de entonces dejamos de hablar y, tan solo, nos comunicamos por gestos y expresiones; me cogió de la mano y me llevó al salón, sacó la película del reproductor y puso un vídeo en el que ponía una fecha 6 de enero de 2003. El vídeo empezó y un recuerdo muy lejano que yo creía un sueño empezó a aparecer en la televisión: era yo, abriendo los regalos de Navidad. Me quedé boquiabierta y me senté para no perder el equilibrio, porque en aquel momento sólo sentí un tremendo mareo.

La niña me dijo que quizás era el destino, que todo aquello había ocurrido por alguna razón; me preguntó sobre mi vida, si algo anormal me ocurría, la verdad es que no

paraba de pensar en que este año estábamos teniendo muchas discusiones entre las amigas, hasta que no pude más y se lo conté.

Lucía me dijo todo lo contrario, que este año estaba siendo más feliz que nunca con sus amigas. Sus palabras me llenaron de envidia, lo que hizo que le preguntase cómo podía ocurrir eso. Ella me explicó que la amistad no se consigue, sino que se lleva dentro, que lo más importante era la sinceridad y que cuando la amistad es muy poderosa no hace falta decir la verdad con palabras sino que, fácilmente, se expresa con la mirada.

Estas frases llenas de sentimiento se grabaron en mi mente y no las olvidé nunca.

Aquella vez fue la primera y última que vi a Lucía (que no fuese en el espejo), pero seguí cuidando niños, unos más infantiles y otros menos. Pero lo que no cambió fue mi deseo de llegar al colegio y poner en práctica el consejo de mi pasado.